

PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

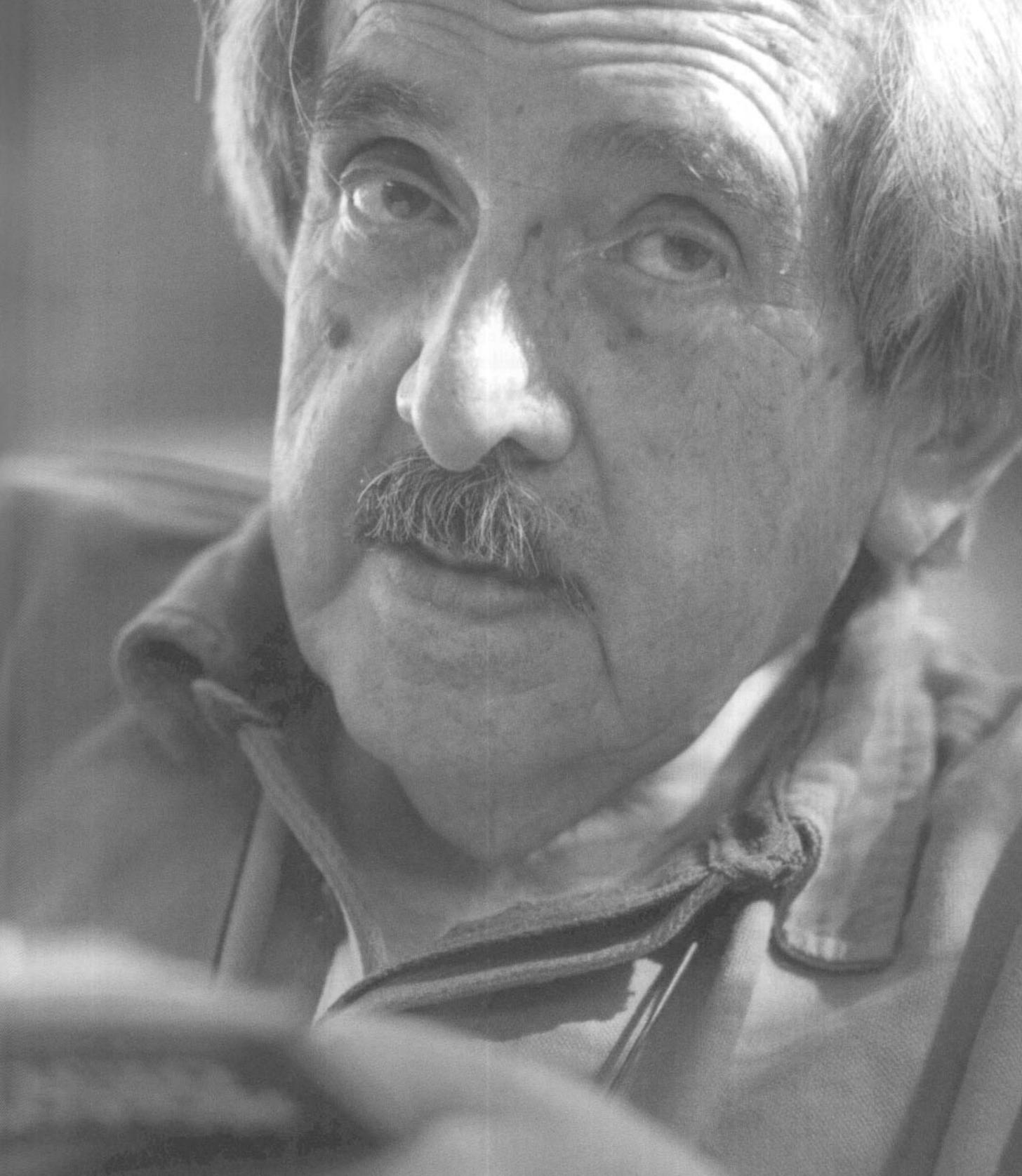
veintidós
CARACTERES

Jacqueline Hott Dagorret
Consuelo Larraín Arroyo
EDITORAS

AGUILAR



UNIVERSIDAD
FINIS TERRAE



LUIS SÁNCHEZ LATORRE

Luis Sánchez Latorre (1983):

LA NOSTALGIA DE FILEBO

Como un homenaje a la palabra exacta, Luis Sánchez Latorre describe su pensamiento con la sutileza de quien no quiere despertar al otro. Su vigor no está en el volumen. La fama de estricto editor o riguroso crítico descansa en el contenido erudito del discurso, la agudeza de sus comentarios y la obsesión por el estudio diario. La figura de este periodista y escritor de setenta y cinco años, de mirada cansada pero atenta, de lúcidas ideas dichas con voz gastada, representa la experiencia y el talento.

Ya ha anunciado su desapego hacia ese lenguaje más críptico o rebuscado de sus primeras obras. Se trata de un anuncio de palabra, pero también existe una prueba publicada: *Memorabilia*, texto que según su propio autor está escrito en un estilo más sencillo. Detrás de ese cambio asoma una triste opinión de la realidad cultural en Chile: «Esta no es época para eruditos. En la medida en que se democratiza, la gente entiende menos. Antes había un núcleo exquisito de personas instruidas. Hoy eso no existe», dice.

Son cientos y cientos los libros

que tapizan las paredes de la habitación contigua al comedor. Y parece no serles suficiente el espacio porque rebasan el lugar: se apoyan en las paredes, sobre la mesa, en la cornisa de la chimenea, en muebles y repisas, en el suelo. Se atropellan para llegar hasta su propietario sentado en el living, en un antiguo sillón rodeado de libros! Curioso insaciable de las más variadas materias, reconoce exponerse entre ocho y doce horas diarias a canales de cultura, arte o ciencia y, naturalmente, a todo tipo de textos impresos.

Quien lo observa se pregunta si va al cine, si escucha música, si sale a divertirse. «Cuando vivía mi señora —dice para despejar la duda— íbamos mucho al cine y al teatro. Nos gustaba salir. Pero ahora prefiero quedarme en la casa. Casi no manejo y menos de noche». De la música, prefiere la clásica, aunque también le gustan grupos como Illapu y Los Jaivas, admite con una sonrisa.

Porque Luis Sánchez Latorre también sonríe. Y su sonrisa parece más sincera que otras. Por lo escasa, tal vez, como apuntó alguien refiriéndose a sus poco frecuentes elo-

gios en la crítica literaria. Pero ese gesto habla de la capacidad lúdica de Filebo y de esa simpatía de hombre bueno que no se puede esconder detrás de ninguna biblioteca.

LA DIOSA JUSTICIA SONRÍE

El 30 de agosto de 1983 no iba a ser un día cualquiera. Aquel martes Santiago estaba nublado. Una fría pero agradable brisa recorría la ciudad como presagiando que la lluvia caería en cualquier momento. Pero nada de eso ocurrió.

El periodista, sentado en su oficina de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), cumplía, como era habitual hacía diez años, sus funciones de presidente de dicha institución.

Miró el reloj. Aún era temprano. Sus obligaciones lo habían hecho olvidar la importante votación que se llevaba a cabo, en ese instante, en el ministerio de Educación.

El sonido del teléfono no lo inquietó mayormente. Estaba inmerso en sus papeles cuando la voz de la ministra, al otro lado de la línea, lo volvió a la realidad. Al contestar tranquilo, y luego del saludo, escuchó

«La mayoría de quienes llegan a Periodismo lo hace porque no sabe qué estudiar y sale con todas las limitaciones. Sus lecturas son limitadas, así como sus conocimientos del mundo, de la historia. (...) Hace mucho tiempo que no brotan personalidades».

decir a Mónica Madariaga: «Usted acaba de recibir el Premio Nacional de Periodismo».

Permaneció callado unos segundos, mientras cientos de imágenes bombardeaban su mente. Estaba sorprendido y verdaderamente feliz. Llamó a Mimí Garfias, su mujer, para contarle la noticia.

Internamente quería obtener el galardón. «Para mí era muy importante. Por eso postulé. Pero tenía temor de que no me lo dieran. Hubo una gran pelea, pero al final lo obtuve yo».

Al llegar al ministerio se tomaron las fotografías de rigor y la prensa que lo aguardaba recogió sus primeras impresiones: «Estoy muy emocionado. Yo, que he participado muchas veces en este tipo de actos, jamás pensé en ser objeto del mismo», reconoció. La ministra de Educación y presidenta del jurado, Mónica Madariaga, fundamentó el galardón en «su vida entera dedicada al periodismo, su vasta trayectoria y dominio de todos los géneros periodísticos, además de su amplio y esmerado manejo del idioma».

Entre las muchas publicaciones aparecidas luego de conocerse el resultado, la del diario *El Sur* de Concepción, de septiembre, podría ser una señal de merecimiento en una aparente tradición de injusticia: «Buen año éste para reconocer a los hombres talentosos de Chile. Que le hayan dado el Premio Nacional de Arte a Claudio Arrau, y luego el de Periodismo a Luis Sánchez Latorre, llena de gozo. La diosa de la justicia, cuya jurisdicción comprende también las obras de arte y el crédito de sus creadores, debe sonreír compla-

cida, tras su venda. Y debe hacerlo porque se han discernido esos premios con probidad y de acuerdo con auténticos merecimientos, dejando de lado los empeños, los favores y las cuñas que, en más de una ocasión, le restaron brillo al codiciado galardón».

Han pasado los años y ahora, recostado en un sillón de esa casa atestada de libros, Luis Sánchez Latorre habla sobre su vida. También se lo conoce como Filebo —personaje de los diálogos de Platón— y como Pepys —inglés famoso por su diario personal—.

EL PERFUME DE LOS MEMBRILLOS

Lejos de las críticas y algarabía que traía consigo la nueva Constitución de la República, en la intersección de Irrazabal con Vicuña Mackenna llegaba al mundo el 8 de diciembre de 1925 un hijo de José Luis Sánchez y María Carlota Latorre, quienes en total tuvieron nueve.

Cuatro años más tarde el mundo se vino abajo.



En 1983 recibe el premio de manos de la ministra Mónica Madariaga.

La caída desatada en Wall Street no perdonó ni a santos ni a pecadores. «En 1929 sobrevino la crisis mundial y comenzó la ruina. Esta pasó por nuestra casa batiendo sus alas. Un viento seco, lleno de polvo recorría las calles de noviembre».¹

A los cinco años se traslada con su familia al barrio Matucana y realiza sus estudios primarios en la Escuela Pública N° 8. «En estado de completo analfabetismo me presenté ante la señorita Emma Urbina (...) La escuela que se erguía en la calle Santo Domingo era un viejo caserón de madera. Dos plantas. Corredores estrechos en la altura y unos carcomidos barandales. Tres recuerdos de ese tiempo todavía perviven en mí: el perfume de los membrillos hacia el mes de abril, la visión de un horizonte poblado de acacias y aromos, y el rostro moreno, de finos rasgos, de la señorita Urbina. ¿Qué edad tenía? No sé. Tal vez veinticinco años, quizás veintiocho. Al punto sentí, o creí sentir, que extendía sobre mí el calor de una sobreprotección. Le había caído en gracia. Yo era un niño tímido, pecoso, de pelo castaño y ojos claros, casi aguachentos. En un mundo de desarropados llevaba puestos zapatos de buena calidad, calcetines largos. Me atribuyeron riquezas a manos llenas».²

Con el paso del tiempo, Sánchez Latorre mantiene vivo el recuerdo de su maestra. Afirma que su imagen le significaba encontrados sentimientos. «En verdad carecía de poder de análisis, pero intuiciones confusas, vagas, me indicaban la presencia de algo nuevo en mi vida. El hecho de que me hubiera escogido entre tantos

para depositar en mí más ternura que en los otros me tenía conmovido. Así, a tempranos años me vi obligado a reflexionar sobre la belleza femenina. La proximidad física de la señorita Emma se me transformó en motivos de rubores y temblores».

Hacia fines de agosto de 1939, el mundo miraba atónito la invasión alemana hacia Polonia. Sánchez Latorre recuerda que la Segunda Guerra Mundial, pese a su lejanía, golpeó la realidad nacional. «Chile debió adaptarse al sistema restrictivo que imponía la guerra. La bencina se hizo escasa, al igual que los productos básicos. Al final tuvimos que acostumbrarnos a ese estado de guerra que se vivía en el mundo. Pero la juventud no estaba muy pendiente. Era solo un grupo de personas que seguía el curso de la guerra a través de los comunicados, de los diarios y principalmente de la radio».

En esa fecha, Sánchez Latorre llevaba un año en el Liceo Amunátegui, donde despertó su amor por las letras. «Me dediqué a escribir. No me interesaba nada más. A los trece años terminé mi primer cuento. No quería ganar dinero, solo describir al mundo y narrar cosas», recuerda.

El cojo, relato de Sánchez publicado en noviembre de 1940 en la revista de los 50 Años del Liceo Amunátegui, relata las andanzas de un perro. Uno de sus mentores y entonces profesor de castellano, Rubén Azócar, elaboró la crítica: «No cuenta con más de trece años; es un chico modesto, silencioso; posee una gran capacidad, es trabajador y está dotado de una extraordinaria sensibilidad: mañana la literatura chilena recibirá seguramente la obra de un gran escritor».

La infancia está plena de recuerdos para Filebo. «Es una etapa de muchos sueños e inquietudes». Eran los años de aventuras y correrías en su añorada calle Santo Domingo y el barrio Matucana. «Son los días de escuela y liceo. Esos tiempos están llenos de mundos, de pequeños y grandes amores. Es como un tipo de jardín que no se ha marchitado nunca. La infancia la tengo muy presente, inclusive a veces siento que todavía estoy en ella. Ni siquiera he vuelto, sino que nunca he salido», afirma.

«Mi familia era de esas enchapadas a la antigua, de costumbres más o menos conservadoras. Burguesa, de clase media chilena. De varios hermanos. Con un padre dedicado a actividades comerciales (era corredor de frutos del país, principalmente, muy común en aquella época), a



En un homenaje a Pablo Neruda. Su convicción sobre la realidad de la cultura en Chile no es alentadora: «Esta no es época para eruditos, la gente entiende cada vez menos», sostiene.

quien a veces le iba bien, y otras, no tanto. Existía esa dependencia que se produce cuando un padre es el centro de todo, que piensa que el mundo nunca se le va a derribar. Era un universo tolemeico, todo cerrado, amurallado», sostiene. «Era casi conventual. Yo lo sintetizo un poco con los viernes santos en que había que caminar en puntillas».

Entre las primeras lecturas que marcarían su destino, están *Los aparecidos*, de Luis Roberto Boza y las novelas de detectives de Conan Doyle, «mi gran autor de niño», afirma. Luego, libros más atrevidos como *El amante de Lady Chatterley* de D. H. Lawrence, para continuar con Ortega, Bertrand Russell, Spengler, Freud, Marx y Neruda. Más tarde llegarían Huidobro, Pablo de Rokha, Gabriela Mistral, Ángel Cruchaga, Juvencio Valle, Humberto Díaz Casanueva, pasando por los españoles Unamuno y Pío Baroja.

En 1944, al terminar el colegio, sintió que era el momento de desligarse un poco de su familia. «Pero no una desvinculación total. Fue como decir, ahora me mando yo, organizo mi vida, soy capaz de hacer cosas».

A esa edad aún no tenía claro cuál podría ser su profesión. «Nunca pensé en el periodismo. Creía que lo mío era la literatura», sostiene. Eso debido a que, desde muy joven, recibió el apoyo de escritores que se convirtieron en una influencia formativa: «Era gente de la generación del 38 con la cual compartí en reiteradas oportunidades. Muchas veces yo no iba al colegio para ir a verlos y tener charlas interminables sobre literatura. Así, cuando comencé a trabajar en diarios, ya era experto en muchas cosas. Entre otros, destacan Francisco Coloane, Óscar Castro y Homero Bascuñán».

«La generación literaria de 1938 es un movimiento muy peculiar en cuanto al uso del lenguaje. Integrada fundamentalmente por escritores autodidactas, surgidos del grupo social que no había tenido acceso a las fuentes del saber académico, atenúa sus asperezas naturalistas con el cultivo de una expresión *sui generis*. La violencia implícita en sus descripciones (porque es esencialmente descriptiva) suele diluirse entre largas tiradas de imágenes de todos los calibres. La crítica repara, con oportuno ademán, en esa suerte de farrago poetizante que impregna la prosa de tales escritores, pero no logra ver el origen del fenómeno. Se limita a censurar las páginas que paralizan con obnubiladora retórica el desarrollo de un cuento o de una novela».³

EL JEFE DE CRÓNICA

A los veinte años, Luis Sánchez Latorre comienza su carrera periodística. «En ese tiempo empecé a escribir artículos para el diario *La Nación*. Me los publicaban los días domingos en la página literaria. Estaba muy orgulloso. Era un trabajo por el que no me pagaban nada. Una vez le dije a Hernán Díaz Arrieta (Alone): «De todo corazón pagaría por publicar algo escrito por mí. Él contestó: 'Yo haría lo mismo'».

A mediados de 1947, a los veintidós años, su deseo de independizarse lo impulsa a buscar empleo remunerado. «Necesito imperativamente trabajar, porque en mi casa me lo están exigiendo. Dicen que no puedo seguir allá, que soy un gasto», le dijo a Mario Garfias, periodista de *Las Últimas Noticias* y quien se convertiría luego en su cuñado. Al poco tiempo lo llamaron para ocupar una vacante en ese diario. «El cupo no

era de redactor ni de articulista, sino de reportero. Hice una prueba de quince días y me contrataron».

A los veinticuatro años es designado jefe de crónica de *Las Últimas Noticias*, entonces dirigido por Byron Gigoux. Fue allí donde conoció a quien fuera su gran amor, Mimi Garfias, periodista con la cual contrajo matrimonio en 1950 y con quien estuvo casado durante cuarenta y dos años. «*Las Últimas Noticias* estaba hecho con un espíritu un poco deportivo. Es decir, no vivía la actualidad inmediata. Se podía leer ayer o mañana porque el material que traía era como una revista; entrevistas que no eran perecibles. Ahora se lee un diario hoy y mañana ya no sirve», dice Luis Sánchez, y agrega: «Era un diario apolítico, un magazine para todo el país. Eminentemente ameno y culto, con artículos de importancia literaria».⁴

Los partidismos volverían a reflejarse en la prensa chilena para las elecciones de 1970. Los candidatos eran Salvador Allende, de la Unidad Popular; Jorge Alessandri, independiente y Radomiro Tomic, por la Democracia Cristiana. Los titulares consignaban las banderas de lucha ideológica y la cada vez mayor polarización en la que estaba inmersa la sociedad chilena.

Sánchez Latorre cuenta que esa forma de titular significó dejar de lado la moderación. «La prensa chilena, en general, fue invadida por la política. Comenzó a gestarse una batalla de groserías a través de los medios», asegura.

La derecha tenía a *Tribuna* y *La Segunda*. De la mano de Mario Carneyro, periodista formado en *La Tercera* y expulsado del partido comunista, el vespertino fue un enemigo acérrimo del gobierno de la Unidad

Popular. «Él fue quien acuñó la expresión 'Chilenos, junten rabia'».

Por la izquierda resaltaba *Puro Chile*, dirigido por José Gómez López, y *Clarín*, cuyas alusiones hacia el ex Presidente Jorge Alessandri «eran de una desfachatez sin precedentes en la historia política nacional».

Sánchez Latorre asegura que *Las Últimas Noticias* se mantuvo al margen de esa disputa. «Esa forma de tratar la noticia no era habitual en los diarios de la empresa *El Mercurio*», apunta.

Mientras fue jefe de crónica, muchos periodistas pasaron por su rigurosa inspección editorial. Enrique Ramírez Capello, actual presidente del Colegio de Periodistas, llegó a hacer la práctica a *Las Últimas Noticias* cuando cursaba su tercer año de periodismo. «Lo escandalizaban los errores; hacía reescribir los artículos dos, tres, cuatro veces, hasta que quedaran perfectos», recuerda.

Corroboró ese juicio Fernando Díaz Palma, también Premio Nacional de Periodismo: «Era la imagen viva del jefe severo, meticuloso, preocupado hasta la saciedad de la perfección del lenguaje y de una redacción impecable. Devolvía una y

otra vez las carillas y los títulos. Llegábamos a llorar. Pero aprendíamos. Él, incansable, seguía corrigiendo la montaña de papeles que se iban depositando en su escritorio. Sin prisa.»⁶

Cigarrillo tras cigarrillo y alisándose incansablemente los bigotes, el diario comenzaba a tomar forma. Entre las tres y las cuatro de la madrugada se iniciaba la tarea más delicada: la primera página. «Él se encargaba del editorial y de los títulos», señala Díaz Palma. Y añade: «Generalmente los hacía todos, era brillante, con mucho humor». Para graficar sus palabras, Díaz cuenta la ocasión en que él había escrito una nota pintoresca sobre la gradual pérdida de estatura de un anciano penquista. Sánchez tituló: «Un viejito se está achicando en Concepción: ya va en un metro». Acto seguido encargó una ilustración con el personaje en una camilla mientras el médico lo mide con una huincha.

De su estilo, Díaz Palma no es menos elogioso: «Como periodista, su estilo es magistral, fino, mordaz, con mucho humor negro. En sus libros era más críptico».

Ramírez Capello reconoce en Sánchez Latorre a un maestro que

con el tiempo se convirtió en un buen amigo. Compartieron momentos difíciles e innumerables reuniones en el Café Santos. «Era un gran conversador, un amante de la tertulia», dice Ramírez Capello. Y añade que comparte con él ciertas visiones del periodismo. «Creo que el periodista debe ser una persona en constante aprendizaje. Sánchez Latorre es un monstruo de cultura. Debe ser uno de los periodistas más cultos de este país. Su estilo es inconfundible: hermético, irónico, mordaz, documentado».

Ese estilo, aunque admirado por muchos, ha sido victimario de numerosos escritores que cayeron bajo su implacable crítica. «Él se daba ciertas licencias», afirma Enrique Ramírez. «Recuerdo una ocasión en que no le gustó para nada un libro y habló de la solapa, de sus dimensiones, su peso en gramos, las características de su forma, cosas así. Él desalentó a mucha gente, también. Era una voz muy poderosa. Ahora tal vez no sea muy famoso, pero es una elección personal y de carácter. Él no serviría para entrar en discusiones públicas, televisivas. Lo suyo es más íntimo, reflexivo. Es, sin duda, un referente».

LA POLÍTICA Y EL DINERO

Tal parece, en todo caso, que la política contingente no solo afectó los titulares de los periódicos, sino también las relaciones entre los periodistas y su quehacer profesional. Al respecto, este veterano periodista tiene algo que decir: «La política, del año 70 en adelante, dividió a la gente. Todos tomaron partido: a favor o en contra de los militares».

La represión política, sin embargo, no es para Sánchez Latorre el



Con el Cardenal Raúl Silva Henríquez y un joven Arturo Frei Bolívar en una conferencia de prensa.

único enemigo de la libertad de prensa: «Resulta que para la dictadura, paradójicamente, había más medios, porque si bien es cierto que se cierran muchos, van apareciendo publicaciones casi clandestinas. Revistas como *Cauce y Análisis*, después el diario *La Época*. Pero una vez que viene la democracia en pleno se acaban».

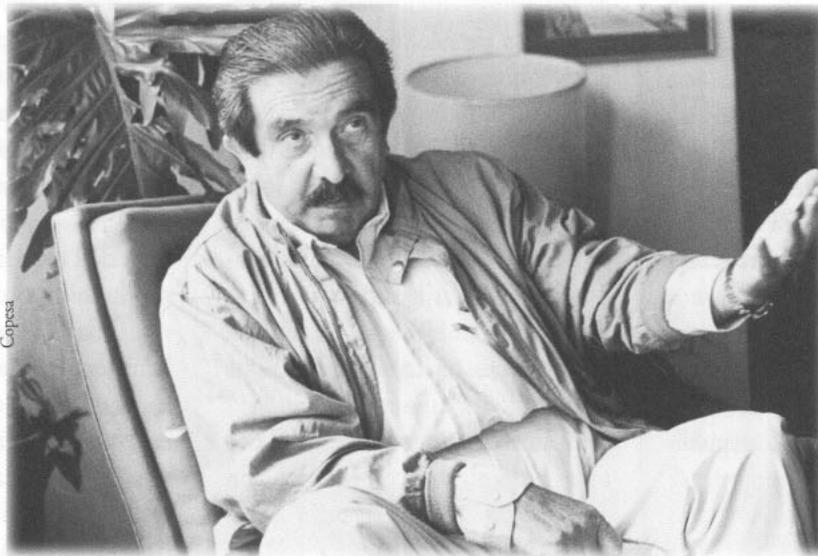
La explicación de Sánchez para esto es la competencia comercial y el hecho que «ya nadie quiere hacer el esfuerzo que hacía antes, poner de su propio dinero

para mantener una publicación. Los políticos o las personas que antes las activaban, sacrificando incluso de su bolsillo, ya no lo hacen más. ¿Para qué?, dicen, si total la pelea se acabó y se quedan leyendo *El Mercurio...*».

La camaradería de los periodistas también sufrió con la polarización ideológica. «Los tiempos duros, de pocos medios, de la vieja linotipia, de la casi ruinosa máquina de escribir Underwood, del despacho urgente a las cinco de la mañana»,⁷ con su interpretable carga de romanticismo, se estrellaron de pronto con la rigidez del partidismo político. «Había una gran institución que era la amistad, en que uno pasaba por alto las ideas del otro sobre cuestiones contingentes», cuenta con nostalgia.

Es en este punto donde el periodista y escritor también ve a su propio medio, *Las Últimas Noticias*, caer paulatinamente en el partidismo:

«En el fondo todos los diarios tomaron partido porque, les gustara o no, los medios siempre obedecen a instrucciones de una política que es la



«Hermético, irónico, mordaz, documentado» son algunas de las cualidades de su estilo inconfundible, según el presidente del Colegio de Periodistas, Enrique Ramírez Capello.

de los propietarios. Todo va cargado con la pasión política, lo que daña la amistad. Yo que tenía grandes amigos... y los he venido a recuperar después que pasó esa etapa. Uno deja los medios y vuelve a ser el mismo. Seguramente son estos los que ejercen esa especie de control sobre la persona».

Hoy Sánchez Latorre observa: «Hay empresas que son dueñas de casi todos los diarios. Ellos los miran como un negocio. Nosotros no lo veíamos así, aunque fueran de una empresa comercial. Para nosotros era un ejercicio de ideales y una forma de desarrollar la cultura en el país».

EL DESENCANTO

Evocando el Mundial de Fútbol de 1962, jugado en Chile, Sánchez Latorre aprovecha de comparar a los periodistas actuales con los de esa

época. «Recuerdo al gran cronista deportivo Julio Moreno Toledano, conocido como el Piti Moreno (era corto de vista). Él trató el tema de muy buena forma».

La buena forma, explica, se daba por la preparación y seriedad con que los hombres de prensa hacían su trabajo. Según él, jamás habrían recibido el desaire de algún futbolista que se negara a hablar. «Eran los deportistas los que se acercaban a ellos. Desde el presidente del club para abajo les daban toda clase de infor-

mación, por el respeto que inspiraban», recuerda.

A su juicio, esto cambia —y no solo en el área deportiva— en el momento en que entra a estudiar periodismo gente ignorante. «Y, peor aún, añade, sin ganas de saber. Llegan como si fuera corte y confección o una escuela de ingeniería comercial. Las facultades empiezan a lanzar profesionales sin tener en cuenta las necesidades del mercado. La prueba está en que muchos trabajan en otras cosas. Esto abarata la mano de obra».

Se detiene en este punto, como queriendo medir su decepción, pero es inútil. Luis Sánchez Latorre valora y enaltece la dedicación al periodismo de verdad: «La mayoría de quienes llegan a Periodismo lo hace porque no sabe qué estudiar y sale con todas las limitaciones. Sus lecturas son limitadas, así como sus conocimientos del mundo, de la historia.

No existe ese interés por leer obras superiores, originales, como con Victoriano Reyes Covarrubias, Hugo Silva o Joaquín Edwards Bello. Hace mucho tiempo que no brotan personalidades. Eso es lo que uno echa de menos».

Que el periodismo actual sea plano, dice Sánchez Latorre, también es culpa de los medios. Ya sea por espacio o por política editorial, limitan la manera de desarrollar o presentar los temas.

HACIA MEMORABILIA

En 1965 editorial Zig-Zag publica su primer libro, *Los expedientes de Filebo*, compendio de ensayos críti-

cos sobre el desarrollo de la literatura chilena y los momentos literarios que lo marcaron: la generación del 38 y del 50. Allí escribe: «Un Neruda quietista —discípulo del heresiarca Miguel de Molinos—, instalado por siempre y para siempre en Carahue, sostendría una audiencia y un destino muy diferentes. Es oportuno imaginar la figura de un Huidobro modesto, humilde hasta la miseria, pobre de solemnidad, sin posibilidades peripáticas, sin París, ay, sin Europa, viviendo de magras raciones en raído desván de La Chimba. ¿Qué habría sido de su ismo?». ⁸

Catorce años después, el libro todavía motivaba comentarios. En *Las Últimas Noticias*, Manuel Zúñi-

ga escribe: «Es seguro que el paso del tiempo ha dado mayor estatura a *Los expedientes de Filebo* y probado a la vez que los autores allí investidos conservan la suya propia. Por su parte, algunos de los escritores o poetas jóvenes que en esas páginas recibieron el espaldarazo del autor no deben de sacudirse aún de la sorpresa que les causaron ciertos epítetos generosos, que no menudean en la obra de Luis Sánchez Latorre, y que por lo mismo son más expresivos». ⁹

Tiempo más tarde, en 1975, Luis Sánchez publica su primera novela, *Adiós, Medusa*. «El verdadero título era *El sitio de Yungay*, que no se lo puse porque iban a pensar que me estaba riendo de las Fuerzas Armadas. En él hago un experimento de estilos para ir enfocando los matices de diversas situaciones que viví en mi adolescencia», comenta el autor.

En 1988 publica, a través de editorial Logos, su tercer libro: *Lejano Oeste*. Un lejano oeste que «comienza en Matucana y se extiende por San Pablo hacia el poniente, en dirección a Pudahuel. Estoy hablando de la calle Andes, de Santo Domingo, de Apóstol Santiago, del Polígono y de Blanqueado, de la Escuela de Artes y Oficios, el internado Barros Arana, la Quinta Normal y el viejo barrio Yungay». Según el poeta Enrique Volpe, «el narrador nos conduce de la mano de la nostalgia a recorrer un trozo de geografía de su pasado; esas calles viejas de la Quinta Normal con límites entre la realidad y los sueños. (...) Los verdaderos escritores deben felicitar a Sánchez Latorre por esa defensa al estilo del gran narrador Nicomedes Guzmán, que con sus metáforas supo cultivar pequeños jardines humanísimos en los terribles basurales mapochinos».

Del prólogo de *Memorabilia*

«En realidad nací cuentista oral. Los mejores cuentos se remontan a los días de infancia, en una familia bien avenida, de muchos hermanos.

Los mejores relatos brotaban en invierno, en la cocina, alrededor de un brasero grande, con un secador de ropa en medio.

Los cuentos, por lo general, eran historias que se tejían en el aire del barrio. La cálida vecindad era extraordinariamente rica en anécdotas personales.

(...)

Espero no ser oscuro ni sofisticado, como en los tiempos juveniles cuando uno confunde la voluntad de estilo con la falta de sencillez.

En el curso de mi existencia he leído por gusto y por necesidades de oficio. Escogí como profesión el periodismo porque era lo que más se parecía a lo que a mí me gustaba hacer».

Su último libro, *Memorabilia*, es, como dice Fernando Emmerich, un retrato de los escritores de su tiempo, con un estilo inmejorable. Emmerich escribe: «Su prosa hace perdurar la observación sagaz, el atisbo significativo, el humor sutil, la nota ingeniosa. Nada escapa a la mirada de su formidable rostro de caudillo de la revolución mejicana, y esas miradas ponen en movimiento su pluma certera».¹⁰

«Ahora hay más escritores que antes, pero no mejores. Leer a uno es como leer a varios, porque se ha improvisado mucho. Se improvisa todo», comenta Sánchez Latorre.

AÑOS DIFÍCILES

A comienzos de 1966 María Flora Yáñez —hija del político liberal y fundador del diario *La Nación*, Elioodoro Yáñez y hermana del escritor Álvaro Yáñez Bianchi (Juan Emar)— instó a Sánchez Latorre a ir en una lista para renovar el directorio de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH). En esa contienda electoral obtuvo la votación necesaria para ser elegido miembro del directorio y presidente de la Comisión de Cultura. Presidente de la SECH resultó Francisco Coloane y María Flora Yáñez, vicepresidente.

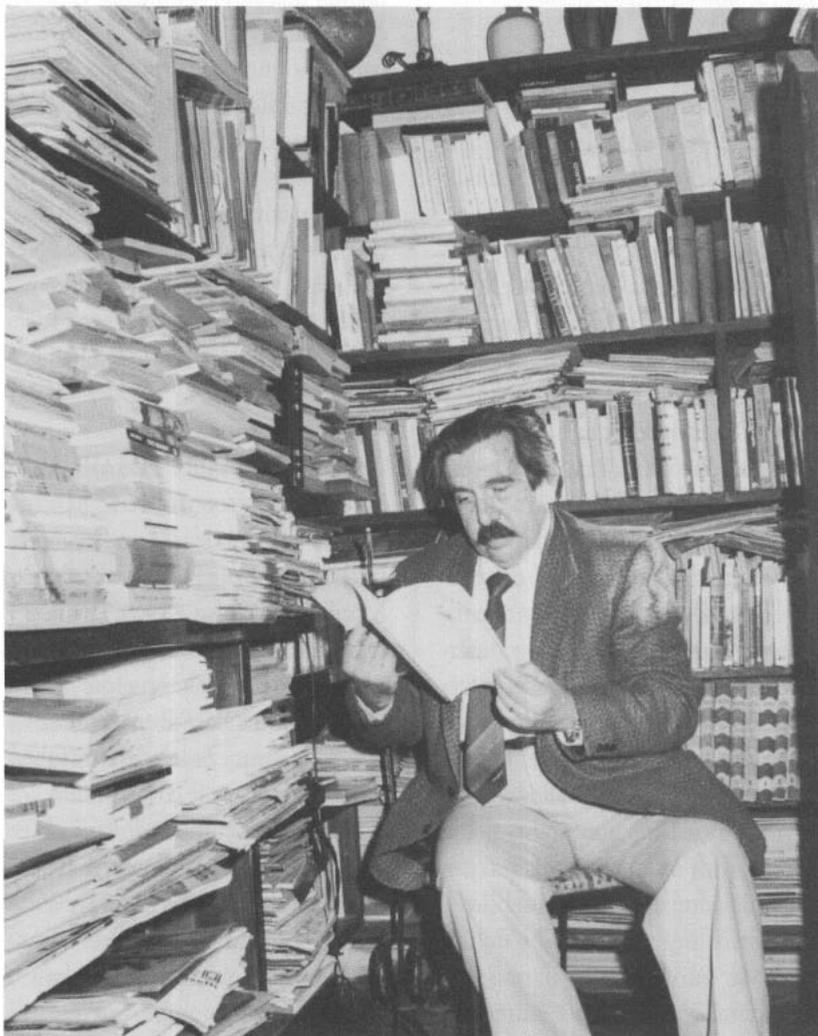
Luego, en 1968, Sánchez Latorre forma parte de una lista para optar a la presidencia de la SECH, conformada por independientes y socialistas, ideológicamente cercanos al gobierno de Frei Montalva, como Mila Oyarzún, Mario Ferrero y Antonio Montero, entre otros. Se escogió como presidente al más centrista. La mesa directiva, entonces, quedó presidida por Sánchez Latorre, con Enrique Campos Menéndez como vicepresidente y Mila Oyarzún como tesorera.

Esta primera presidencia dura hasta 1970 y durante ese período conoce a Pablo Neruda. «Él había sido presidente de la SECH y un día fue para allá. Estuvo conmigo y conversamos. A pesar de que yo había sido un opositor a él, desde un punto de vista ideológico, me invitó a Isla Negra y lo fui a visitar. En mi diario yo había hecho muchas críticas a su desempeño político», afirma.

Para Sánchez Latorre, la figura del Premio Nobel es importantísima. «Cuando se comienza a ver la literatura de este país, se descubren sus poetas», opina. «Es cuando vienen los primeros amores: de mucha-

cho, de adolescente. Y eso se acompañaba con la lectura de los versos de Neruda como los *Veinte poemas de amor*. Uno ya está impregnado de su obra. Para mí es una figura mítica. No tenía casi necesidad de conocerlo, me bastaba con leer todo lo que él escribía. Así es que cuando nos conocimos, tenía a Neruda muy metido dentro de mis oraciones».

A fines de septiembre de 1975 Luis Sánchez Latorre es incorporado como Miembro de la Academia Chilena de la Lengua. En la ceremonia efectuada en el Instituto de Chile, el escritor y periodista señala: «Me niego terminantemente a fati-



Son cientos y cientos los libros que tapizan las paredes de su casa, rebasando las estanterías, copando muebles y repisas.

garles. La palabra, según se dice, es liberación. También es tedio, manejo opresivo. La insistencia es el más puntual de los soporíferos. No es justo reunirnos para suscitar vuestro rencor. La longura no es mi fuerte, digo, parodiando a Valéry. Me aniquilan los vocablos desprovistos de una densidad. Sufro ante el orden vulgar de la frase. Me encandila Borges con su estrictez. Durante tiempos inacabables deseché la idea de una novela expuesta a los favores de la mayoría(...).

Ya con los militares en el poder, Sánchez Latorre prosiguió con sus labores periodísticas apoyado en lo que ha sido su vida y pasión: la literatura. A fines de 1973 inicia la segunda presidencia en la SECH, hasta ese momento con una directiva de izquierda: «Todos creían que el gobierno militar la iba a cerrar, que diría 'Esto es un nido de izquierdistas, se acabó'». Entonces, junto a otros escritores —Olga Arrate y Fidel Arandana—, creyeron oportuno un cambio. «En octubre de ese año, los que se iban convocaron a una asamblea y propusieron mi nombre. Se me dio autorización para formar una nueva directiva. A los pocos días un decreto ley del gobierno militar estipuló que no se podían escoger organismos gremiales ni sindicales y que todas aquellas organizaciones ya establecidas continuarían así hasta nueva orden. Pensé que mi presidencia iba a durar un par de años. Al final estuve once, hasta 1984».

En un periodo conflictivo debió velar por los intereses de los escritores, asociados a un espíritu libre y creativo; y negociar con los militares: «Me tocó enfrentar situaciones muy difíciles y con buen ánimo. Yo nunca pensaba en que estaban matando gente o que se la podían llevar

de la noche a la mañana. Uno lo sabe, pero no lo piensa. Es decir, yo hacía mi trabajo con el mayor acopio de libertad que podía, sabiendo que vivía en un mundo erizado de trampas y minas».

Del mismo modo, recuerda cómo era que llegaba a los militares: «...Tuve que hablar con algunos generales... Yo, por suerte, tenía muy buenos amigos y compañeros, tanto en el periodismo como en literatura, que habían sido jefes de las Fuerzas Armadas, como el general Diego Barros Ortiz. Él me ayudó mucho en las tareas para rescatar gente».

En un acto de rebeldía, en 1978 mandó una carta al ministro de Educación en la que se negaba a participar como jurado del Premio Nacional de Literatura. Su cargo de presidente de la SECH lo obligaba a estar ahí. «No se puede actuar con militares entregando premios nacionales», alega. El hecho no causó el revuelo que se podría esperar. «Les inspiraba respeto que una persona fuera capaz de hablarles en ese lenguaje».

GRACIAS AL POTAJE

Durante tres décadas, Sánchez Latorre disfrutó de las bondades de la noche santiaguina: conciertos en el Municipal, veladas en el teatro Ópera, revistas con vedettes trasandinas en su mayoría. Los recuerdos tienen nombres: Bim Bam Bum, Humoresque y Picaresque, además de la Taberna Capri de la calle San Antonio.

Eran los tiempos románticos en el periodismo, cuando se trabajaba de nueve de la noche hasta las dos o tres de la madrugada. Los restaurantes, siempre abiertos, esperaban a sus habituales inquilinos fugaces que mataban el hambre con pastas y carnes.

Sitios recurrentes eran Il Bosco, en la Alameda; El Comercial, en Morandé con Compañía. El Santiago Zúñiga estaba en Bandera, mientras la calle Monjitas era famosa por El Rey de las Papas Fritas, El Rey del Pescado Frito, El Verdejo y El Cielo, con su comida italiana. En las mentes de los bohemios de los años 50 no morirán El Zepellin y La Garza, en la penúltima cuadra de calle Amunátegui. Mención aparte merece El Chúcaro de la Jara cuyos «porotos con riendas y longanizas consumíamos a las cuatro de la madrugada», dice Sánchez Latorre.

«Yo no tengo vocación de bohemio, pero el trabajo en ese tiempo era fundamentalmente nocturno. *Las Últimas Noticias* salía a la calle a las once de la mañana y circulaba como hasta las tres de la tarde, cuando aparecía *La Segunda*. Teníamos que esperar los cables nocturnos y entretanto salíamos a comer y después volvíamos. Las comidas se prolongaban desde las once de la noche hasta las dos de la mañana... nos habríamos muerto sin tener la resistencia de algún potaje», ríe Sánchez Latorre y continúa: «En ese grupo estaban Fernando Díaz Palma, que se formó conmigo; Iván Cienfuegos, a cargo del diario en Temuco; Rigoberto Díaz, que después fue embajador... En las conversaciones se arreglaba el mundo, se jugaba dominó, se barajaba lo pequeño y lo grande, todo lo que estaba pasando».

Más que el aire, el vehículo de sus palabras parece ser la nostalgia. Pero no es el fácil y socorrido todo tiempo pasado fue mejor. Es una voz cansada, pero atenta, de un hombre que viene caminando de lejos y se detiene en la reflexión. Recuerda esa bohemia como una época entretenida, cuando los diarios

permanecían abiertos, sin servicio especial de vigilancia. «Entraba cualquiera, a cualquier hora del día, de la mañana o de la noche. No tenía que ponerse una escarapela en la solapa o dejar el carné de identidad, porque no había temor, ni al sabotaje ni a que fueran a matar a alguien».

«En una época no tan lejana — año 65, 66— era fácil entrevistar a personajes de lujo sin salir de casa. Una tarde encontré muy sentado en la antesala de la dirección de *Las Últimas Noticias* a Jorge Luis Borges», cuenta Sánchez Latorre. «Sencillo, casi modesto de hábitos, Borges estaba ahí esperando para ser entrevistado. No diré que lo interrogué en el tono de ¿qué desea, buen hombre?, porque su cara y obra me eran vastamente conocidas. Lo hice partícipe, naturalmente, de la alegría imaginaria del personal del diario por acogerlo en casa. Borges, como lo podrá tener presente Julio López Blanco, encargado de la nota, no eludió ninguna de las preguntas. Él sustentaba un buen rasgo: evitar las respuestas con censura. Su inteligencia era mucho mayor que su poder de cálculo. Nada afecto a los manejos de la política, perfectamente podía abordar temas de ese género sin ruborizarse».

¿Quiénes visitaban el diario? «Alguna vez llegaba algún loco, pero acudía gente importante, personajes que aparecían de noche. Muchos políticos que iban a pedir algo o a plantear algún problema. Llegaban pintores, dibujantes, el hijo de Juan Francisco González, Huelén; Héctor Pinochet Le Brun, el doctor Carlos Hant, Ángel Faivovich, Ignacio Palma Vicuña, que fue diputado y ministro, hasta Eduardo Frei Montalva. Jorge Roger Sotomayor estaba instalado a las 9 ó 10 de la



«Toda esta casa, todos estos recuerdos los construimos juntos. Ella fue única», dice refiriéndose a su mujer, Mimi Garfias, fallecida en 1992.

noche en la cháchara. Con el toque de queda desapareció esa bohemia, la ciudad se desacostumbró a vivir de noche y yo diría que no se restableció nunca más».

ADIÓS AL PERIODISMO

En 1982 Sánchez Latorre jubila de *Las Últimas Noticias*. Por iniciativa propia pone fin a su carrera activa en el periodismo. «Ya había completado los años de servicio. Lo hice para dedicarle más tiempo a mi mujer, no pensar siempre en el diario. Solo deseaba estar en mi casa, dedicarme de lleno a la SECH, sin exigencias de horario. Fue muy bueno. Me ofrecieron que continuara con mi columna y la he mantenido hasta el día de hoy».

En septiembre de 1992, su esposa, Mimi Garfias, falleció tras una larga batalla contra el cáncer. Es un tema del cual le cuesta mucho hablar. Al recordarla y ver las fotografías que descansan sobre la chimenea de su hogar, Sánchez Latorre se

emociona. Sus ojos se humedecen y busca consuelo elevando la mirada hacia el cielo. Las pausas en la charla se hacen constantes.

De a poco, retoma el hilo de la conversación. «Cuando llegué a *Las Últimas Noticias*, en 1949, la conocí. La encontré tan linda. Empezamos a pololear y un año después nos casamos. Me enamoré de mi mujer, de su familia. Me dediqué por completo a ella. Toda esta casa, todos estos recuerdos los construimos juntos. Ella ha sido única. Todos los sábados voy a llevarle flores al cementerio», afirma con un nudo en la garganta y los ojos brillantes. Tras una breve pausa, agrega: «Hubiese sido fácil haber caído en una depresión después de su muerte, pero por el contrario, trato de hacer cosas, de escribir y cada día me doy ánimo». Filebo tiene cuatro hijos: Luis, Cristián, Rodrigo y María Eliana.

Actualmente, además de su columna en *Las Últimas Noticias*, colabora en la Revista de Libros de *El Mercurio*, donde da su visión

personal de lo que sucede en el mundo literario.

Y escribe. *Memorabilia*, su libro más reciente, le llevó alrededor de dos años de elaboración. En aproximadamente cuatrocientas páginas actualiza los datos de *Los expedientes de Filebo*, pero con un lenguaje más sencillo. Según Fernando Emmerich, Luis Sánchez Latorre representa «un caso de acertada simbiosis de escritor y periodista: el interés de Filebo por la minucia, la miscelánea,

la anécdota, el detalle, adquiere la perdurabilidad propia de la literatura gracias a su belleza de estilo, la sabiduría de sus opiniones, la profundidad de sus juicios».¹¹

Al final, Sánchez Latorre, junto al desencanto que le causan las circunstancias en que existe el periodismo actualmente, se da el tiempo para emitir una señal, un remezón, tal vez un consejo: «Un periodista debe ser ávido de curiosidad, debe estar siempre alerta y siempre pensando

que lo que viene es una novedad para uno. El periodismo me enseñó muchas cosas. Me enseñó a no lapearle a la gente, a ser ameno, a usar la síntesis, a calcular bien lo que se va a decir, a llegar al público y no desmedirse. El periodismo es una fibra, una vocación que se une al conocimiento».

Por Rodrigo Herrera
y Cristián Krumm

F I C H A P E R S O N A L

- 1925: El 8 de diciembre nace en Santiago, en la intersección de Irarrázabal con Vicuña Mackenna.
 1932: Ingres a la Escuela Pública N° 8 en la calle Santo Domingo.
 1938: Ingres a al Liceo Amunátegui.
 1945: Colabora, sin sueldo, en el diario *La Nación*.
 1947: Es contratado en el diario *Las Últimas Noticias*.
 1947: Comienza a escribir para el diario *La Segunda*.
 1949: Es designado jefe de crónica de *Las Últimas Noticias*.
 1958: Es nombrado jefe de redacción de *Las Últimas Noticias*.
 1958: Deja *La Segunda*, al separarse esta de *Las Últimas Noticias*.
 1959: Comienza a escribir para el suplemento literario de *El Mercurio*.
 1965: Publica su primer libro: *Los expedientes de Filebo*.
 1966: Es elegido miembro el directorio de la Sociedad de Escritores de Chile (SECH) y presidente de la Comisión de Cultura de la misma institución.
 1968-1970: Presidente de la SECH.
 1973-1984: Presidente de la SECH.
 1975: Publica la novela *Adiós, Medusa*.
 1975: Es incorporado a la Academia Chilena de la Lengua.
 1977: Vuelve a *El Mercurio*.
 1982: Se jubila de *Las Últimas Noticias*.
 1983: Obtiene el Premio Nacional de Periodismo.
 1988: Publica su tercer libro: *Lejano oeste*.
 2000: Publica su cuarto libro: *Memorabilia de Filebo*.

NOTAS

- | | | | |
|---|---|----|--|
| 1 | Sánchez Latorre, Luis, <i>Lejano oeste</i> . Editorial Logos. 1998. | 6 | Entrevista Fernando Dfaz Palma, abril 2001. |
| 2 | Ibid. | 7 | Revista <i>Hoy</i> N° 320, 13 de septiembre, 1983. |
| 3 | Sánchez Latorre, Luis, <i>Los expedientes de Filebo</i> , Editorial Zig-Zag. Pág. 1965. | 8 | Sánchez Latorre, Luis, <i>Los expedientes de Filebo</i> , Editorial Zig-Zag, 1965. |
| 4 | Entrevista Luis Sánchez Latorre. | 9 | Zúñiga Salinas, Manuel, <i>Las Últimas Noticias</i> , 1979. |
| 5 | Entrevista Enrique Ramírez Capello, enero 2001. | 10 | Revista de Libros de <i>El Mercurio</i> , 19 de agosto de 2000. |
| | | 11 | Ibid. |